

¿Quién es Quién en las Letras Chilenas?

ANGEL C. GONZALEZ

AGRUPACION AMIGOS DEL LIBRO

Agrupación Amigos del Libro
Inscripción N° 46.869

COMITE DE EDICIONES

Roque Esteban Scarpa
Carlos López Labaste
Carlos George-Nascimento
Oreste Plath
Pepita Turina
Alfonso Calderón
Claudio Orrego Vicuña
Arturo Valdés Phillips
Carlos Ruiz - Tagle

N° 3962

Tiraje: 1.000 ejemplares.
Impreso en los talleres de
la Editorial Nascimento S. A.
— Arturo Prat 1428 —
Santiago de Chile, 1981

¿Quién soy?

CRONICA DEL TIO Y EL ANGEL

La vanidad suele ser *virtud* distintiva de los creadores, sobre todo de aquéllos que manejan la palabra. Lo de manejar es sólo una manera de decir, un signo más de esa virtud, pues bien sabemos que nada hay más difícil de manejar que las palabras. Casi nunca alcanzamos: siempre nos faltan o nos son insuficientes. ¡Y cuántas veces nos traicionan o nos amarran para siempre! Pero, en fin, ellas son nuestro único e indócil material de trabajo. Sólo a través de ellas, podemos expresar el amor y el temor que les tenemos. A ellas, y a nuestro mundo. Y decir, además, eso otro que casi siempre confesamos amohinadamente: la condición de ser poetas.

Cuando uno ha dejado de trabajar en alguna actividad que creyó la mejor y definitiva, y ya sólo puede decir —por caso— que fue apicultor en sus tardes de ocio, jefe de Difusión Cultural y Publicaciones en algu-

na Organización No Gubernamental, Redactor y a veces Director de Múltiples Revistas de Corta Vida, pedante crítico de cine y literatura, donante de valiosos regalos de antigua plata turca y de libros personales a algunos Soberanos Pontífices, fabricante de vidrios ahumados para mirar Eclipses, colaborador ad honorem de ilustres periódicos en variadas lenguas, conferenciante en lenguas no muy variadas y en países y universidades varios, plenipotenciario disfrazado de frac o chaqué y de medallas, catedrático de literatura y a veces, más modestamente, profesor de castellano y filosofía, etc., etc., después de todo eso y los etc., sólo le quedaría decir que es escritor, "¡poeta, fijesé!". Lo peor es que ello ni siquiera es una profesión, porque a uno no le permite ganarse la vida ni meterla en la cédula de identidad como distintivo personal. Como poeta, lo único que uno puede ganarse es la propia muerte merecida y rilkiana. (Si tuviéramos tiempo, los invitaría a guardar un minuto de silencio por ello, pero me han dado una muy contada y corta porción, fijesé).

Y ahora, hagamos un emocionado recuerdo de los tiempos de maricastaña: en las cortes regias, los grandes señores y los reyes abrían sus portales y áulicos aposentos; acogían a los poetas y les pedían que loaran o cantaran, acompañados de un "engañoso laúd", ya fueran sus incontables virtudes (las de los señores), la belleza y gravidez de la soberana y el consiguiente nacimiento de una infanta, o alguna sonada victoria (de los señores). A veces, para distraer el tedio, porque por lo general eran muy tediosos o atediados, permitían a

los inspirados profesionales de la palabra que endilgaran endechas e historias de sus tristes y propios y/o inventados amores. En épocas modernas, se ha sabido de poetas que eran acogidos por las universidades de Europa y/o USA, y podían mantenerse como tales, el año redondo, yendo de un campus *oriente* al otro, leyendo sus propias o ajenas creaciones. Pero, fijarse bien: eran lectores de poesía, no recitadores. En nuestros días, las universidades están aquejadas por una problemática cibernética y/o presupuestaria; ya casi no quedan reyes y sólo pocos, muy pocos grandes señores. Éstos coleccionan mansiones, castillos, cuadros y, sobre todo, títulos, pero ya no acogen a los poetas en su reino. Ésa no es, sin embargo, la única razón de que la poesía no goce de las preferencias del distinguido público consumidor. Como dejó dicho Luis Cernuda: "*La poesía no cierra el camino a nadie, por humilde que sea, a condición de que la busque con limpio corazón; a quien se niega es al vulgo, no al pueblo*". Y el mismo gran poeta daba, en otra parte, una definición o descripción del vulgo: "*una mezcla indistinta de burguesía, pueblo y aristocracia, nivelados por la común pobreza del gusto y de la mente*". Eso y otras razones explicarían por qué no se producen poetas que, siéndolo realmente, se comprometan como *poetas* vulgares y de que tan raramente se produzcan *poetas* genuinamente populares. El público y el vulgo emplean ahora los ojos para telever, no para leer. Se le cansarían los labios.

Y ahora les ruego que permitan a un modesto poc-

ta hablar..., vanidosamente, de sí mismo, durante unos... dos minutos:

He publicado, cuando he podido, unos cuantos libros de *poesía* (al menos eso he creído cada vez), varias novelas, algunos ensayos y numerosas y *graciosas* colaboraciones en diarios y revistas. Modestamente, y sin solicitarlo en ningún club de voceadores de fama o círculos del divino botón o mutuo bombo, aparezco en unas tres o cuatro antologías y —lo mejor de todo— en varios libros de lectura para *niños, niños*. Figuro, además, entre los ciento quince mejores poetas del país, lo cual no deja de ser meritorio, pues somos algo así como siete mil seiscientos veintiséis, coma cinco y sin intereses ni aportes previsionales. He tenido gran influencia en las letras chilenas y universales..., no porque me hayan traducido al inglés, alemán, francés, turco y otras lenguas igualmente clásicas y/o esotéricas, sino porque *he enseñado las letras a muchas generaciones*, en colegios y universidades chilenas y/o extranjeras. Algunos de mis alumnos aprendieron a leer *letras*, (digo *poesía, literatura*). Unos cuantos hubo que, incluso, llegaron a *escribir*. Varios hasta han logrado el triunfo increíble de ver publicadas sus creaciones. Otros las mantienen inéditas por dificultades de los tiempos, por modestia, o bien, *para gloria de las letras nacionales*.

Alguien dijo una vez que yo era mejor poeta que novelista. Le faltó explicar que mis novelas eran quizá demasiado líricas o que yo, como poeta, era bastante regular, porque escribía regularmente todas las tardes y que, en todo caso, como poeta, era mejor cronista.

Juicio a todas luces infundado o confuso. Posiblemente se debiera a que una vez publiqué un famoso libro de poemas llamado, justamente, "*Crónica*". En vista de lo cual, termino de hablar de mí y les voy a leer fragmentos de *otra*. Casi todo cuanto en ella se vea, lea o escuche, es real. Está tomado de otras líneas ya escritas y aparecidas en alguno de los veinte libritos mencionados globalmente y muy de pasada. Se intitulaba "*Primogénito de la nostalgia*", pero después, no sé por qué, decidí llamarla "*CRONICA DEL TIO Y DEL ANGEL*".

Comenzaba como los cuentos:

"Una vez, un tío, / —no el que aparece con escasa frecuencia / en las páginas 117, / 32,5 ó 22.630 y tantas / del *Libro de la Vida*, / de *Crónica*, / *La Tierra*, / u otras obras de virtud o perdición semejantes—, / un tío con el cual se recreaba la vida, / un gran viajero; / afirmaba que era tan interesante el mundo / porque aún no se habían inventado todas las cosas / y otras no valía la pena haberlas inventado; / el tío éste entró de sopetón aquella tarde / en un corral ajeno donde estaba el sobrino, / e interrumpió una no muy interesante y nada divertida / lección sobre Filosofía de las Ciencias, / sobre la Educación y la Cultura, / sobre John Dewey y otras hierbas, / de la Universidad de Chile...

El susodicho tío vino, pues, a colarse / en lo más florido y tierno, / el verde prado verde, / el de las ilusiones que uno tiene cuando habita la tierra / huérfanamente, / unos dieciocho o diecisiete años y medio, / dale

que dale, / machacando la última luz de la inocencia, /
un pobre pajarón, / como si todo el tiempo fuera lunes.

(El no sabía aún mucho del tiempo, / —imagínese
usted: la primavera es tan irresponsablemente joven; /
se repite / y ni siquiera sospechará que existen otras lu-
nas—, / pero el tiempo —usted sabe— / no es sólo una
ilusión y maldición de viejos, / ni tampoco sucesión sin
medida. / Para usted, claro, es unidad y línea, / y para
mí, esperanza. / Sobrepasado el antes, / la medida no
existe, / tal vez existiría . . . / Tal vez por eso, desde ni-
ño, / —el sobrino, se entiende— / ya se habría embuti-
do / hasta el mágico fondo de poemas y páginas, / en
una entrega cándida y mansa, / como de un obstinado
cenobiarca, / y en su liceo habríase enclaustrado / en des-
deñados textos del “fondo de lectura”, / o como cliente
casi único / en la “gran” biblioteca / municipal, olvidán-
dose, incluso, / de enviar una sonrisa regular / a la tris-
te encargada, soltera y silenciosa como un libro inédito /
casi apergaminada, Srta. Rocha. / Y allí se metería en el
dolor y la pobreza / *del hermano asno*, / de héroes meno-
res como *Rivas* y otros, / comulgando nostalgias de silue-
tas/presentidas en más de algún deseo inconfesable . . ., /
padeciendo *las cuitas* contagiosas de *Werther*. // Tal vez
por eso lo aterraba la soledad del hombre que era suya /
y lo atraía, al propio tiempo, / el foso oscuro . . .

Con sus últimos cinco pesos de entonces, / de esos
tiempos, ¡qué tiempos! / —el sobrino, se entiende, / in-
vitó al tío a tomar onces, / en el centro, en un local de
moda: / .té con limón, / chocolate, / o bien, café con cre-
ma, / pastelitos y orquesta. /

Pero el tío quería tomar *onces* de hombre, ¡carajo!/
con arrollados y guitarra / y otras líquidas calorías, / vi-
taminas más dignas / para un hombre bien hombre del
sur, / —nada de cosas extranjeras, m'hijo.

Como dicen que el vino es generoso, / el tío se po-
nía tierno de libaciones, / de libertades evocadas y de
siempre vividas, / de ciudades y lluvias / y dichosos tiem-
pos, / y a examinar se puso / unos retratos de héroes
rectangulares, / verdes, azules, malvas o rosados, / que
tenía / también / muy horizontalmente— en su cartera: /
—Toma estos trescientos cincuenta, m'hijo— / (imagi-
ne el lector o quier dulce lectora / unas trémulas y tre-
mendas pupilas / de interno en un Hogar de Estudian-
tes Universitarios / Pálidos y Pobres, pero Honrados, /
¡qué fortuna, oh, qué fortuna! / para un huérfano insul-
so, / avaro de escondidas ambiciones puras / y ya más
de una novia original y sureñamente perdida. / (Hay
que comparar la situación, sin embargo, / con los tiem-
pos que corren, / en orden, / casi sin inflación, / tanto
envidiable ingreso para algunas cápitás), —cómprate
un ternito a la medida, m'hijo, / como te ven, te tratan; /
tú debes de ser alguien, / no escribiendo tonterías hue-
ras; / bien vestido, bien recibido, / ¿sí o sí?

—Pero, tío / (la mano ya estirada), / yo no puedo
ni debo / (pero quiero) . . . / —Nada de percos, hucmul! /
No seas tonto buenas peras, hombre! / —Bueno . . . y gra-
cias! / (Otro héroe azul o verde se asomaba, / sonriendo
abiertamente ahora) / —Toma, ahí tienes otros cincuen-
ta, / y brinda, brinda con tu tío y amigo. / Después de
ésta no hay otra . . . / aunque dicen que no hay primera

sin segunda, / y que la otra vida . . . , ¡bah, cosas con ha-
che! / Brinda mejor para que te hagas hombre,
cara . . . mba!

Y el triste pajarón / allí donde ustedes lo vieron, /
de tanto buen criterio / como fue fama que tuviera, /
por ser del sur y libra, / fijesé, / no compró na el terni-
to / ni se fue con amigos por ahí. / ¡No! ¡Qué va! / Fue-
se al espejo sin medida, / al claroscuro del tiempo, /
buscando lo soñado, / y, pese a ello, / inesperado y vivo, /
a lo que viene, / inesperado y esperado siempre, / entre
las manos siempre abiertas, / misteriosas, / del sueño y
de la muerte. / Sí, de la muerte, / porque ella también
entra en la historia, / en esta historia del sobrino. / (Te-
nía ojos profundos / y fue su gran maestra de algún
modo, / y estuvo siempre enamorada de él) . . .

No, pues, el sobrino / fuese a librerías de segunda
mano, o de viejo, / (fijese, ¡qué disparate! / ¡De viejo! /
¡Qué insulto al libro, padre, / hermano / y quizás hijo!)

Y de ese modo, / el espinado pánfilo inició / su
primera / y triste y noble / y única ventura y aventura: /
de puro imbécil, el perdis, / se quemaría las pestañas /
y aumentaría puros sueños, / hasta la soledad amable, /
la vigilia en las nubes, / la amada presentida, / el *in-*
somnio / (Gerardo Diego había dicho / —a la amada,
se entiende— / :“las naves por el mar, tú por tu sueño”)/

Y por el sueño y el vicio, / el sobrino llegaría in-
cluso hasta el delirio, / la rareza, ya singular entonces, /
de extrañar los días / y las noches de soledad ilimitada, /
y a recluirse en el monasterio libre del libro / donde

estaba prohibido desviar la mirada / y sólo permitido enterrarla, / hundida y alejada. Sobre el tiempo”.

Ya Uds. habrán podido percatarse de que el tal sobrino había venido también desde el sur. En él, sería casi visible la *sureñidad* con que iba revestido, visible por su manera de andar, como de huaso o marinero, por su tendencia a la ensoñación y porque se quedaba por ahí, boquiabierto, frente a la llamativa belleza de las muu...chas vitrinas, tantas, una tras otra, repletas. Pegado al vidrio, le corría la baba: “¡Tantos libros, por Dios! ¡Quién tuviera tiempo y dinero para comprarlos y leerlos todos!” (Como bien puede comprenderse, esta conmovedora escena es anterior a la que se ha reseñado asuso: la del tío tan pródigo con sus héroes rectangulares. Debe añadirse, además, que el joven no sabía aún la dirección ni la gratuita riqueza hospedada en su cuasi futuro hogar: la Biblioteca Nacional. ¡Qué alegría cuando la descubrió y conoció y trabó filial amistad con poetas admirables y admirados, Angel Cruchaga y de Santa María, Juvencio Valle, 'os primeros entre ellos, los cuales eran modestos funcionarios en la Gran Casa!).

Sí, el sobrino venía del sur, sobre el cual escribiría una y otra vez. Podría decirse que toda su obra estaba impregnada de ese olor y origen:

“Siempre hacia el sur remoto distendía
el corazón para morir de nuevo.

A lo mejor, vosotros, en la sangre,
sabéis también cómo se ama el retorno...

Era ese verde único que se redime con la lluvia;
era el camino único que se rodea de misterio;
Era el verde llovido y la esperanza”.

Sólo una vez sintió el joven escritor la ausencia de sus amados lares, cuando dijo: “el aire y ángel ya no sube ni canta por las calles del sur” . . . (Ruégoles que me excusen, pero debo hacer aquí una brevísima acotación gramatical a fin de limitar el campo semántico. Percátense ustedes, por favor, que el poeta del cuento no dice: *suben* ni *cantan*, porque aire y ángel forman una misma entelequia, una sola sustancia constitutiva, real, aunque naturalmente invisible. Por eso dice, con su habitual y característica gracia y emotividad: “el aire y ángel ya no sube ni canta por las calles del sur”. El mismo interesante fenómeno se observa en el título, imposible, de otro libro suyo: “*Era de nuevo el aire, el mismo ángel*”. Y como era del sur, intuyó que:

“el polvo es raudo y huye, pero queda el camino;
el hombre no es camino; es el polvo:
transcurre y pasa.

“Y son sus días como el heno del campo”.

Este *primogénito de la nostalgia*, era hijo de un soñador, constructor, bohemio y músico y de una María del Carmen, muy pálida, hacendosa de mieles y nostalgias, bondades todas que heredaría, igual que la muy envidiable estatura, el color de los ojos de ella, el

respeto por la condición humana, el amor por la naturaleza, la libertad, los niños y las niñas, una curiosidad carpanta o insaciable y una desmesurada inclinación por los viajes. Un biógrafo algo siútico dijo una vez que el joven poeta sureño “se sentía siempre irremediabilmente atraído por los nuevos horizontes”. ¡Ja! Fue el hijo más fiel de su lugar natal y quizá sería el único o uno de los pocos que conservó el nombre del pueblo, —perdón, ciudad—, que él recreó, pues la llamó como se yerá, en unos versos publicados no hace muchos años, pero igualmente olvidados e ignorados por la escasa afición:

“Pero eila sabe que volverá a ser río, el agua...
porque todo es igual desde el comienzo,
sabe que volverá a ser río, el agua,
rocío y nube y lágrima.

Y tú sabes que es ésa la razón
porque muere cantando:
la muerte es reencuentro
y no desesperanza...

Pero piensa también
en el cuerpo del Laja
sacrificado,
Salto del Laja, Nivequetén amado...
río de los primeros balbucesos,
sabor de cielo que bendice a tu ciudad,
Nuestra Señora de los Angeles de la Alta Frontera...

Tal como el tío aquel, el sobrino llegaría a ser un viajero impenitente. Pero jamás, dentro de su alma (y yo lo conocí bastante bien como para afirmar esto), jamás se separó del alma de su pueblo: sólo se alejó físicamente. Y no volvió, hasta algunos siglos más tarde, cuando lo nombraron hijo ilustre de la ilustre villa de Santa María o Nuestra Señora de los Angeles de la Alta Frontera, bella y pequeña ciudad a la que él cantara:

“Así nació, tal vez, / y así era tu pueblo: / como una nube desgarrada por el viento, / como una / almanube tocada / por el ala del tiempo.

Así, el viento creaba la lluvia, por ejemplo, / nada más que en afán / de proteger la pena, / de apurar los amores, / el curso de la vida. / Y nuestro tiempo, / como paño de lágrimas del pueblo, / devolvía hasta el cielo, / cada aurora, fielmente, / la soledad creada por la lluvia en la sombra.

Y así creció tu pueblo: / a través de tus ojos. Por milagro. / Cada día un asombro...

Y tú crecías y creías / que las últimas calles hacia el norte: / Tres Vientos, Villa Hermosa, / la casa de tu prima, los grandes eucaliptos, / o las últimas calles hacia el oeste... / Ercilla, Curamávida, / Callejón del Arcángel—, / eran tal vez las últimas del mundo. / Ignorabas que el pueblo, como tu alma, / no podía pararse; / ignorabas / que a la orilla del pueblo, / como una rosa inmensa / recién se abría el mundo...

Esas calles de tierra / eran también de tiempo; no

podían / ser retenidas por la villa, / a pesar de sus viejos y ociosos pergaminos.

Por alguna de ellas, / por alguna, / saldrías al camino, / a crecer / o a morir en la vca”.

No hablaría el sobrino, específicamente, de la calle Colón que viajaba y subía y bajaba hacia el norte, ni del estero Quilque que solía enfurecerse en invierno. Pero atesoraba miradas, los ojos verdes de los primeros amores, dolores recónditos, incomprendiones, premoniciones, la adivinación de la muerte y el misterio, recuerdos de todas layas y dimensiones que deberían madurar y que serían el germen de muchos de sus poemas.

Es curioso, ahora que lo pienso, pero él nunca habló —y eso que he revisado todos sus escritos, la mayor parte de ellos inéditos—, es curioso, pero sólo una vez me contó de la fugaz y exclusiva celebridad que lo rozó una primavera, cuando fue poeta laureado en los otrora moderadamente famosos *Juegos Florales de la Alta Frontera*. Ni de cuando logró un primer y un segundo premio en el concurso de dibujos, creaciones *originales* y/o afiches, realizado con ocasión de ese mismo *magno evento*, como dirían los numerosos periódicos locales. (Entre paréntesis: estos periódicos sacaban varias ediciones al día. Algunas de ellas, las más, eso sí, orales. Las difundían, de viva voz, las beatas a la salida de la Misa, el mercado, —la recova— o las tiendas, y otras señoras, igualmente respetables, al término de la función vespertina del Teatro Imperio, o durante y después de algún té de beneficencia en el Club de la Unión, ahí frente a

la Plaza de Armas). Cierre de paréntesis. Habría que haberlo visto: imagínense ustedes a un desgarrado y anónimo adolescente, corbata gris de gran nudo mal hecho, pantalones desajustados, etc., mirando ahí, sin legítimo orgullo, más bien disgustada y tristemente, unos dibujos expuestos en la más impresionante y atractiva vitrina de la calle central: la de la Gran Pastelería, Panadería (y quizá Rotisería), cuyo nombre recuerdo, pero no digo, por ocultas razones. Tampoco decía el nombre del "artista". Había sólo un apetecible muestrario de pasteles y masas que rodeaban y "adornaban" las máscaras y creaciones alusivas a la primavera. Debajo de dos de los dibujos (1), al lado izquierdo, decía: SEGUNDO PREMIO. Al otro lado, un dibujo: PRIMER PREMIO. Por fortuna, no ponía que se habían presentado sólo dos concursantes... La reina, como suele ocurrir, era muy hermosa. Se llamaría quizá Lucía o Gabriela. Se recuerdan solamente sus ojos y una sonrisa, algo compasiva, que descendía hacia el genial poeta adolescente. Agradecida, no. Porque, como dice ahora la publicidad, ella *sabía que merecía* el canto. Era tan alta, que en su mano, daba de comer maíz al gallo de la veleta de la Iglesia Mayor. Fue una noche larga, emotiva, tragicómica y etc.: el tímido bardo laureado se empinaba sobre su escaso metro sesenta y seis para decir la trémula cantiga y alabanza y para tener, después de los aplausos, (dirigidos a la reina, no crean ustedes), para tener, digo, el difícil privilegio de iniciar

(1) Uno de ellos pintado con aerógrafo.

el primer baile, quizá un vals de Lehar, o un larguísimo Danubio Azul, con S.M., la primavera única, la espi- gada y desgarbada reina de casi dos metros de esta- tura. Era un baile de gala o de disfraces, ciertamente. Como suele decirse, y era verdad: el lírico vate no te- nía qué ponerse para tan fausta como familiarmente incomprensible ocasión. Iría, pues, vestido de arlequín embutido entre parches multicolores, demasiado amplios para su humanidad, traje hermoso, sin embargo, que le habría prestado una piadosa amiga mayor. El dis- fraz o dominó aumentaba más que disimulaba su con- fusión. Pero la VANIDAD habría hecho que *olvidara* ponerse la careta: que todos supieran *quién* era el famo- so trovador. (Como ustedes pueden apreciar, ya enton- ces el poeta era muy modesto: seguía la tradición).

Bebida ya su gloria, un tanto marchitos ya los lau- reles, el rapsoda del Quinto Año A de Humanidades, solo como siempre, y más triste, regresaba por entre las luces, débiles aún, de ese no muy dichoso amanecer. No tenía llave. No se la prestaban y, además, le habría molestado durante el baile... Por otra par- te, de nada le habría servido cargar con una, pues la enorme puerta de la casa abuelerna se asegura- ba por dentro con un barrote o tranca. Cuando estaba a horcajadas sobre las rejas de madera del jardín- huerto, sintió el ruido de las pavorosas herraduras sobre los adoquines: la pareja de guardianes del orden mon- taba por ese entonces unos verdaderos y grandes ca- ballos de fuerza. Un agarrón y un convincente punta- zo de luma, y hete ahí por los suelos, lloriqueando inú-

tiles explicaciones y rebeldías al pobre bardo arlequinesco. (Desde entonces, les cobró un gran respeto y aprecio). El abuelo levantaría el *escándalo*. Y esa mañana habría mojicones, discusiones y amenazas terribles.

A nuestro amigo ya le habrían ocurrido otros infortunios, pruebas enriquecedoras, hechos impresionantes y dolorosos que lo marcaban y tornaban más retraído, aunque no huraño. Por ejemplo, de niño, muy niño aún, estuvo completamente ciego durante más de un año. Lo cuenta en una novelita casi autobiográfica —“Del Tiempo Primero”— que, por mi'agro, le publicó un editor bonaerense, en 1972 y que también por milagro, pero al revés, todavía no llega a Chile. (De modo que no los culpo por no haberla leído. ¡Lástima!). Si alguna vez llega a Uds., vean por ejemplo:

“No sé —en verdad— si entonces sufrí mucho. No sé si conocía lo que era realmente sufrir, fuera del padecer físico. Sólo sé que viví durante largo tiempo en una habitación que parecía estar hundida permanentemente en la noche. Al comienzo, casi siempre tendido en mi cama, pero luego, pasaba gran parte de las horas sentado en una silla acolchada. Adivinaba la sombra de mis padres y a veces otras sombras más pesadas que hablaban en voz baja y se retiraban. Alguna vez, estos cuchicheos asomados a la estancia se perdían en un hilo más delgado, casi como un sollozo. Y yo sentía que era por mí. Sentía que algo apretaba adentro como una mano ciega. Entonces oía los pasos rápidos de mi madre que se retiraban también apresuradamente persegui-

dos por el llanto. Afuera continuaba el tiempo igual para los demás niños: se oían risas, lloriqueos o la voz imperiosa de uno de mis hermanos —Augusto o Jaime Alberto— organizando juegos o protestando. Pero había cosas amadas y conocidas por sobre todo: la voz de María Soledad y el afecto del “Copo”, un perrito blanco que me regaló mi abuelo Silverio Augusto. Casi en sólo ambos estaba centrado mi mundo en ese tiempo. Por la voz de mi madre, iba yo siguiendo el día y sabía también oscuramente de su aflicción o esperanza.

A veces le pedía: —“Mamita, me cuentas esa historia de los reyes, ¿quieres?”— O bien: —“Mamita, léeme el cuento de Pulgarcito, ¿ya?”

Así me quedaba quieto o volvía la cabeza hacia un lado y lloraba en silencio, un llanto caliente de grandes lágrimas serondas.

Las manos se habían vuelto sabias y expertas. Conocían todo lo que me rodeaba y me avisaban la presencia de objetos desconocidos o el aliento de “Copito”. Este se levantaba, ponía sus patas delanteras en mis rodillas; se refregaba contra mis piernas o lamía mis manos.

Algún tiempo más tarde, comencé a ser ubicado en la estancia vecina. La reconocía por el espacio, por la mayor resonancia de los pasos y porque a esta habitación solían entrar atropellándose los demás niños. Yo sonreía con esa sonrisa muy triste de los ciegos. A veces, sucedía que todos se reunían en esta habitación a la hora del té. Entonces todo el espacio se llenaba de voces, del agrado afable de estar reunidos, del olor doméstico y supremo del pan fresco, de la tibieza del fuego, del

aroma del té. Ocurría, sin embargo, que este reducido oasis de ternura se oscurecía de pronto con sólo una risa demasiado estentórea o alguna palabra inoportuna, como por caso:

—Se *fijaron* en...

—¿*Vieron* qué lindo día ha hecho hoy? Es que ya vamos saliendo del invierno.

Con esto se rompía el tácito acuerdo de evitar toda palabra alusiva a la visión.

Pero, lo más frecuente, era que alguno de los niños se me acercara —cariñosamente, irresponsablemente— a mostrarme alguna chuchería:

—¡*Mira!* ¿Te gusta este monito...?

Instintivamente, yo alargaba las manos. Luego, al no encontrar nada, comenzaba a hacer gestos tristes, mohínos, acuciados por alguna voz madura é imperiosa que decía:

—¡Schit...! ¡Ya váyanse! ¡Qué niños más imprudentes éstos! ¡Pobrecito...!

De mi padre, sólo tenía su fuerza. Yo sabía que era él quien venía, por sus pasos, por su voz, grave y dirigida siempre a mi madre, preguntando por mí: —“¿Nada todavía?”. Luego se acercaba; me tomaba en sus brazos, pasaba sus dedos por mis cabellos; me acccaba hacia su rostro áspero que mis manos recorrían reconociéndolo, pero nunca decía nada. Era como si temiese que en lugar de la voz le saliera un sollozo.

La recuperación total de la visión fue una fiesta para todos. Casi como un nacimiento. Hube de apren-

der a conocer las cosas y poco menos que a caminar nuevamente. Hasta el hablar, los primeros días, se hizo tartajante de pura excitación, como buscando resarcirse del tiempo transcurrido en la sombra. De nuevo volvió todo a su cauce normal y comencé, una vez más, a crecer por los ojos”.

Y más tarde, otras experiencias aún más tremendas: cuando tenía quizá unos siete años, murió la madre, aquella pálida y sufriente María del Carmen. Muy pocos años más tarde, el padre, en un trágico accidente. Y en otro, tiempo después, la hermana menor. Pero la imagen, el corazón, la compañía, la vida de ellos, se han continuado en él: permanecen vivos casi en cada página de lo que ha escrito y vivido.

El padre:

“Y ahora recuerdo de nuevo, / cuando estábamos juntos por las tardes, / cómo ponías tu corazón sobre tus manos y tu canto, / mientras la rubia madera y dulce fruto iban formándose... / Yo no sabía aún mucho de tu alma, / pero hoy recuerdo y sé / de tu melancolía alucinada, / de tu modo habitual de vivir hacia arriba... / No se puede olvidar fácilmente, / pues no sólo el dolor nos deja heridos...”

La madre, siempre:

“Estaba ahí, firme y sonriente, / esa voz que podía, más allá, en lo presentido, / en la meta misteriosa, infame, / hacer que algo se detuviera y viviera para siempre...”

Y Mariana de abril, la hermana menor:

“Cuando se fue, una larga mañana de llantos, / clara senda de cardos y oraciones, / inolvidable cementerio, al pic de la montaña, / como un vuelo . . . / y los adioses convertidos en trémulos vilanos indecisos. / Cuando se fue esa infinita mañana, / florecieron por decenas y cientos / los delantales blancos a la vera, / cada niña llevada del llanto sin gemido, / (¡qué sería de ellas ahora, oh, Dios, sin “señorita”, / señora marianísima!), / cada niña rezando una flor blanca, / tocada desde el joven corazón desamparado, / conmovidas, / tan altas, / como un cielo del sur, / ¡una flor y una lágrima!”

El sobrino fue, pues, huérfano desde temprana edad, criado por varias tías, estrictas y cariñosas al propio tiempo, en la casa grande de la calle Colón, que pertenecía a D. Silverio Augusto Vásquez, el abuelo materno, pero en la cual reinaba tiernamente la abuela, esa ancha gallina enérgica que:

“tenía un dulce nombre antiguo, / como de claustro, y los ojos azules / y la sonrisa suave . . . / Fue para ti el ojo / cariñoso, avizor, desde pequeño, / a la orfandad primera. / Ojo para tus ojos, silabario: / “ojo, hoja, hijo, humo, lejos . . .” / Ojo para tus labios, exorcismo: / “Una no es ninguna y siempre la Virgen pura, / dos son las Tablas de la Ley / por donde pasó Moisés / y los doce apóstoles / para Jerusalem . . .” / Un ojo adelantado que buscaba caminos, / la buena luz porque tu cuerpo fuera luminoso / y sencillo, / clara certidumbre / para los números difíciles. / Ojo piadoso para tu corazón / a las

primeras estocadas: / No sufras, hijo, por tu prima...
Debes amar la soledad y llenarla. / Lee.

Y juntos, cómplices, camaradas, / leían unos versos
tremendos / en letras grandes para su presbicia: / los
Salmos, después La Vida es Sueño.

Ella tenía la sabiduría del Tiempo / y todo lo expli-
caba. / Sabía el símbolo del cielo; / cuando decíamos
cautiva, por ejemplo, / era como decir la tierra entera, /
el cuerpo o el camino, / la vereda del hombre...

Todavía, a través de la sombra, / continúa imper-
turbable / el ojo azul y guía, / la forma de la sonrisa
suave, / el dulce nombre antiguo / como de claustro o
de leyenda: / María Eufemia Valdebenito y Arriaga-
da...

Continúa el eco sobre tu corazón / ya triste de
alas, / sobre tu soledad, sobre tus labios, / modulando
oraciones, / recordando / los grandes versos, / la historia
conocida y siempre nueva, / y atrayendo la flor / ilusa
y necesaria”.

En esa casona inmensa —tres patios, corredores, ga-
lerías, jardín-huerto, caballerizas y bodegas— no había
abundancia de libros de fácil alcance para sus cortos
años ya hambrientos. Pero de la biblioteca de una de las
tías que era profesora de primera, el sobrino robaba,
es decir sacaba prestados a escondidas, toda clase de li-
bros: melancólicas poesías, muchos suspiros, algunas go-
londrinas, relatos acaecidos al aire libre y apasionadas
novelas de amor e intriga histórica que, a lo mejor, no
debiera haber leído entonces ni después. Pero él leía
todo cuanto pillaba a mano. Para seguir el incipiente

vicio, aprendió, cada vez mejor con los años adolescentes, a mentir mentirijillas y a sufrir el silicio del contraste entre su tendencia a la soledad contemplativa y las más ignominiosas tentaciones, como por ejemplo, la fatiga y protesta, la ira a veces, por los ayunos obligados (y siempre rotos), el andar de gato por la galería o la crujiente veranda de la casaquinta, silenciando apetitos y palabras feas —¡agáchate, Semana Santa!—, la rebeldía a la asistencia obligatoria, junto con la abuela, las tías, la caterva de hermanos y primos alharaquientos, a las ceremonias de la Semana Mayor en la Iglesia del Perpetuo Socorro, el tristísimo e interminable Sermon de las Tres Horas... Entonces aprendió a fingir y a poner caras camanduleras: —“Yo no voy a ir a la iglesia...; tengo un insoportable dolor de cabeza, tía... Sí, sí, leeré todas las oraciones en el misal”. Y se quedaría solo para leer y leer lo prohibido y hurtar cigarrillos, algún pote de manjar blanco ¡y una vez, hasta una botella de enguindado de horribles consecuencias! O, peor, para arrancarse por el patio del fondo a la casa de unos tíos vecinos, a charlar y a luchar con la prima ésa algo mayor que él...

¿Cuándo y cómo empezó a escribir? Desde siempre, dicen. Pero la verdad es que nunca se supo. Infatigables investigadores de la literatura de estas tribus, han llegado a la conclusión de que, además de las innúmeras y naturales influencias de su formación definitiva: hispánica, americana, europea, bíblica, etc., el ascendiente literario de su padre fue profundo, pero más bien indirecto y llegó después de su muerte en ese trágico acci-

dente, cuando las hermanas mayores y la tía profesora descubrieron, en el fondo sin fondo de un secreto baúl, algunos muchos papeles suyos, entre ellos, una suerte de diario de vida y reflexiones que ellas devoraron ahí mismo, entre lágrimas, sentadas en corro junto al baúl, y que el imbécil del sobrino, inexperto aún, no pretendió o no supo rescatar para sí, a pesar de que sentía que sólo él era el legítimo heredero. Sólo le quedó la vaga, amorosa y consoladora imagen del padre *¡que también escribía!* Dicho de otro modo más simple, su primera escuela no fue de gran alcurnia tradicional. La falta del padre la suplió, eso sí, su profesor/D. Oscar Concha, quien lo alentó en sus composiciones escolares e incluso llegó a admirarlo, tanto que, alguna vez se “atrevió” a leerle sus propios y secretos poemas. Y además, la de un pariente (no el de los generosos billetes), sino otro tío viejo, “bribón, extraordinariamente bien dotado / para trenzar, improvisando, / ya fueran lazos o rebenques, / o bien / tradicionales rimas, / cuartetas asonantes, / y para enseñarte a lanzar encendidos piropos / en versos nada delicados / y de doble sentido, / a esas niñas del frente, tan dijes, / y a escandalizar / a las viejas beatas del pueblo”.

Y cuando, finalmente, se atrevió a mostrar sus creaciones más personales e íntimas —como suele decirse—, sacrificó a sus dos hermanas mayores, las cuales debían olvidar —¡las pobres!— “peñados y muñecas y disfraces, / tacones altos, exclamaciones imitadas, / para escuchar, pacientemente y una lágrima, / en el jardín

no definido, / algún poema tonto / y consonantemente triste, como bien puede suponerse”.

(En una especie de diario o memorias escondidas y jamás éditas, encontré no ha mucho, una página en la que el sobrino habla de estas cosas. Abro comillas: “Pero hubo quien me ayudó durante gran parte de mi niñez. No sólo me enseñó a montar como un verdadero jinete —“en pelo”— sobre el caballo “Chaquira”, regalo de mi abuelo, sino que me guió hasta los sueños y la fantasía. Fue Samuel, el “viejo”, como le decíamos, no por su edad indefinible, sino porque era un sabio y filósofo natural. Era “mozo de campo y plaza” del abuelo campesino, y sabía tanto de todo, y todo lo decía o explicaba de un modo sonriente y natural. Durante el verano, algunas noches de no olvido, soñan permitirnos ir a dormir junto a él a la era. Y allí, embutidos en unos sacos antiarañas de “poto colorado”, sobre la alta parva de oro, Samuel nos contaba historias aprendidas en su Biblia personal, o bien leyendas y explicaciones sobre la vida, la naturaleza, el puro cielo del sur, el “Río Lentea” o Jordán celeste, como él llamaba a la Vía Láctea. Samuel fue, por mucha vida, mi primer y mejor y verdadero pedagogo”. Cierre de comillas.

Pero el sobrino tuvo además, fuera de un perrito blanco, lanudo, el “Copo”, de ojos con lana (UCO), otro amigo inolvidable: “cara era de ángel del sur o de demonio cruel. / Cara de ángel o diablo... / porque el fuego / es más ágil que el tiempo en apariencia. . . Ahí estaba cantando, conversando a gritos / (aún a las bestias tímidas, asustadas o dóciles), / cantando, riendo,

soltando palabrotas: chispas enérgicas brotadas de su poderoso esternón... yunque siempre renovado. Ahí estaba cantando, hablando a gritos / pero especialmente creando, / dando formas, a golpes y sonidos, / maestro, músico y escultor a la vez, / tañedor de incomprensibles campanas exclusivas, / golpeando con denuedo de mito, / al viejo metal rojo y al tiempo... / Al tiempo, sobre todo. / Porque tú ya sabías... / que el entrar en la fragua era lo mismo / que el atrapar futuro sin saberlo, / como atravesar por el sueño un espejo muy hondo, / penetrar un paisaje de altos árboles, / un bosque coloreado contra el atardecer, / o caer de cabeza en un calidoscopio grande...

Hasta que tú, / intempestivo, / como la llegada del viento, / de un ángel, / de un rayo o de la muerte, que viene a ser lo mismo, / lanzarías la bomba en tu familia: / —“Por la luz que me alumbra, / o rejuero, mi alma, / que cuando sea grande, / yo voy a ser herrero / como el maestro Soto”... Sufrirías tu castigo, / la horrenda injusticia, silencioso y rebelde como un huérfano, / y llorarías la prohibición / de volver a la fragua, / per saecula saeculorum”.

Y de éste y otros modos, la poesía iría naciendo en él quizá como un instinto, como una innata obediencia de elegido, como una captación, por modo natural, de la belleza, la crudeza, el movimiento de la vida, la alegría y el sufrimiento, la llegada nunca prevista del luto y de la lágrima, todo eso que él no sabría aún que podía encerrarse vagamente en la palabra *realidad*. Como aún no poseía experiencias auténticas o maduras,

soltando palabrotas: chispas enérgicas brotadas de su poderoso esternón... yunque siempre renovado. Ahí estaba cantando, hablando a gritos / pero especialmente creando, / dando formas, a golpes y sonidos, / maestro, músico y escultor a la vez, / tañedor de incomprensibles campanas exclusivas, / golpeando con denuedo de mito, / al viejo metal rojo y al tiempo... / Al tiempo, sobre todo. / Porque tú ya sabías... / que el entrar en la fragua era lo mismo / que el atrapar futuro sin saberlo, / como atravesar por el sueño un espejo muy hondo, / penetrar un paisaje de altos árboles, / un bosque coloreado contra el atardecer, / o caer de cabeza en un calidoscopio grande...

Hasta que tú, / intempestivo, / como la llegada del viento, / de un ángel, / de un rayo o de la muerte, que viene a ser lo mismo, / lanzarías la bomba en tu familia: / —“Por la luz que me alumbraba, / o rejuero, mi alma, / que cuando sea grande, / yo voy a ser herrero / como el maestro Soto”... Sufrirías tu castigo, / la horrenda injusticia, silencioso y rebelde como un huérfano, / y llorarías la prohibición / de volver a la fragua, / per saecula saeculorum”.

Y de éste y otros modos, la poesía iría naciendo en él quizá como un instinto, como una innata obediencia de elegido, como una captación, por modo natural, de la belleza, la crudeza, el movimiento de la vida, la alegría y el sufrimiento, la llegada nunca prevista del luto y de la lágrima, todo eso que él no sabría aún que podía encerrarse vagamente en la palabra *realidad*. Como aún no poseía experiencias auténticas o maduras,

lo que escribía serían titubeos, pobres imitaciones. Con el tiempo cada vez más duro, averiguaría cuánto trabajo y sacrificio de sí propio cuesta lograr —en parte al menos— la aspirada y difícil y casi imposible independencia. Lo que algunos, pedantesamente, llaman “estilo personal”.

Y así, poco a poco y los días, como a él le gustaba decir, fueron naciendo sus obras, esto es, sus hijas y sus libros. Y en ellas y ellos hallaría consuelo y compañía para siempre, hasta la hora final. Y todo contribuía a su objeto, todo iba madurando a su fin. Por ejemplo, un bellissimo soneto de Leopoldo Marechal, el gran argentino, sobre la imposibilidad de la fusión total del amor o los amantes (que viene a ser lo mismo) y que termina con ese verso inolvidable: “*con el número Dos nace la pena*”, le inspiró uno de sus más bellos sonetos, estrofa en la que el sobrino alcanzó una notable maestría, admirada incluso por el gran amigo y maestro, Pedro Prado. Dice este poema sobre el número *dos*:

“Nace también con él la algarabía
de un nuevo signo y voz y llamada
hacia la verde llama preocupada
por ensalzar de plenitud el día.

Son dos en uno y cada cual porfía
a entregar obediencia entera, y nada
puede contra la unión alborozada,
porque el latido vive compañía.

En uno está la soledad colmada;
si dos, al mismo fuego los alcanza,
aunque el pecho se anule y quede herido.

¡Oh, gloriosa unidad multiplicada
en esta gracia audaz y la esperanza!
Con el número Dos muere el olvido”.

Y así continuó por la senda no sólo breve sino asperísima de estas letras tribeñas. Había aprendido en el Evangelio que ningún discípulo puede ser mayor que su maestro. Y estaba humildemente convencido de que los maestros que él escogió o que le fueron asignados, eran demasiado grandes y que sólo debía contentarse con ir bordeando (con una que otra flor original), los senderos que ellos habían marcado. Y todo eso, a pesar de que él —por el nombre— tenía sus propias alas. Y en medio de sus múltiples ratos de ocio, y entre agobiantes reflexiones, el poeta de la seráfica provincia, solía preguntarse: “como poeta, ¿qué soy? ¿Qué represento? ¿Y quién me encargó representar a nadie sino a mí mismo?” Sus versos cuasi últimos le respondían:

“Algún día quizá / —Jahvé permitirá / que alguien descubra, / no utilidad ni hallazgo original en tus poemas, / sino amor solidario / sangre y ala terrenas, / alguna luz de arriba, / quizá y a lo mejor, / tan sólo un insolente esfuerzo por cooperar, / sólo aporte de amor y de presencia”.

De esto estaba completamente seguro, pues le fue dado el grande y milagroso privilegio (tal vez por la

carga del nombre) de poder ayudar a muchos jóvenes y hombres más inseguros que él mismo. Muchas veces le tocó socorrer, espiritualmente, a jóvenes poetas indecisos y a hombres desesperados. Inciuso, me contó una noche —tal vez un poco ebrio y por lo tanto más sincero y desinhibido— que creía haber salvado la vida a más de uno de estos seres angustiados que vinieron a él como a una angélica tabla de salvación. Pero él, a su turno, se sentía apoyado por el afecto invariable de la esposa y las hijas. Además, alguna vez fueron Lope y Aldana, Quevedo muchas veces, y Medrano, y San Juan de la Cruz, quien le enseñó: “Niega tus deseos y hallarás lo que desea tu corazón”. Y alguna otra vez fue el mozartiano Garcilaso quien le dio pie con algunos versos de sus sonetos o églogas (por ejemplo: “*de tan hermoso fuego consumido*”) para que el sobrino escribiese:

“Bástenle amor, la entera certidumbre
y la humildad con que te he dado el canto
a tu tenaz acero y voz que tanto
abrasaron mi vía hacia tu cumbre...

Calma ya el duro fuego de tu lumbre,
pues ahora he logrado que el espanto
no hunda su raíz de saí y acanto
en el goce del alba y nocedumbre.

Que pueda siempre haber en la ribera
de este curso de luz a que he llegado,
la presencia divina y compañera,

para, en el firme tránsito, rendido,
ir, tal glorioso caballero, armado,
y en *tan hermoso fuego consumido*".

La obra mejor recibida por la crítica fue esa colección de poemas que él tituló simplemente "Crónica", la cual había sido escrita

"con una modesta alegría, tranquila, / sin pretensiones, / simple, / una alegría venida de la tierra, / aprendida de viejos campesinos, / de constructores y pintores, / de anónimos poetas, / de gente risueña, respetable, de edad, / que hablaba sin aprensiones / del cielo y de la noche, / del tiempo y el futuro, / y también, frecuentemente de la muerte, / como de un mito acostumbrado".

Fue un libro muy sencillo en el que se hacía la crónica y se presentaba la noche, el cielo alto del sur, el primer amor-dolor y la primera novia muerta. Naturalmente, aparecía en dicho libro como en todos los suyos, la terrible pasión de nuestro límite: virtud y esfuerzo para no olvidar y sentirse más o menos cristiano y mortal.

Por el hecho de ser el mejor amigo del sobrino-poeta-protagonista y ángel, yo diría, honradamente, que lo mejor que él publicó alguna vez (aunque lo verdaderamente mejor aún está inédito), lo mejor, fueron unas elegías tituladas "*Crecida de la Muerte*". Eran unos poemas sobre el dejar de ser para este tiempo y el amanecer para el otro tiempo definitivo, unos poemas sobre la muerte, que a veces, río de invierno, se remonta y desborda. Tanto, que viene a caer sobre sí

propia. Es el libro más profundo y sincero. Ahí, el poeta adivinó que, pese a todo, "la muerte es fiel; no se moja en ciudades lejanas". Y aunque alguna vez cayó en la petulancia de escribir: "*Con el tiempo, pastoreo a la muerte*", aprendió que:

"la muerte también tiene su signo:
detrás de su aparente terror,
se mueve el armonioso secreto".

Pero ningún crítico supo ver el profundo, casi metafísico lirismo que contenían esos poemas, la correlación estricta entre esas dos realidades de la vida del hombre, del poeta, que vive y se mueve entre lo visible, limitado en el tiempo, y lo invisible y trascendente. Ninguno vio, por caso, la importancia y la sinceridad profundas que había en uno de los motivos más significativos de su obra: la tragedia del límite, en cualquiera de sus dimensiones. Por ejemplo, la de sentir la sustancia inefable del yo, el espíritu, atado a un existir orillado por el tiempo. O la de reflexiones, reafirmando hasta el cansancio, la necesidad de la humildad y la resignación para reconocer y vivir el límite.

Bien. Más tarde o antes de algunos de estos denodados sucesos, el sobrino vendría a la Universidad, creyendo que ahí le iban a enseñar a ser escritor. Y como tenía otra vocación de similar altura, se conformó con llegar a ser profesor. Esa petulancia de enseñar lo poco que se sabe, ya la había experimentado en su provincia, ayudando a sus compañeros más porros. Por las máxi-

mas del viejo Samuel, sabía que sólo enseñando se aprende bien. Sería, pues, profesor. Y no se engañó al adivinar la enorme fortuna, los reconocimientos y honores que le esperaban en tan admirable como bien remunerada profesión. ¡Ja!

Y, poco a poco y los días, se iban cumpliendo muchos de sus anhelos. Viajó millones de veces, tanto en la realidad como en los sueños. O sea, en sus anhelos, en barcos, trenes, aviones; en los libros y en los idiomas, acompañado y ayudado por la compañera única, creadora y sostenedora de la inmortal tribu de los UCOS. Tuvo su merecida cuota de sal y de miel, y, cuando creía que estaba por terminar o que ya tenía más que promediada su creación poética, entregó a su descendencia y amigos su *legado*. Considerando que todos Uds., si lo hubieran conocido tan bien como yo, habrían sido sus amigos, les entrego un fragmento, no muy largo, de ese testamento:

“Para todos ustedes y mis demás parientes,
dulces e incorruptibles como el Sur,
este humilde compendio.

Por la ecuménica misericordia del Hacedor de los
[talentos,
nunca logré sobrepasar los límites
de una modestia ya predestinada.
Bien sé y espero que los más entre ustedes
perdonarán el triste hecho conocido: no es delito directo
el no lograr la fama, perínclitos carteles
ni grandes fotos en colores en papeles de moda.

¡Gracias a Allah, Gran Hacedor y Dios!,
porque me habría avergonzado muchas veces
o no habría sabido qué se hace,
cómo se porta con dignidad de estatua frágil
la corona de tierra.

.....

Y el último desco:
que siempre las dos palabras comprometedoras
de ángel guardián y padre hayan cumplido,
y que les den confianza,
certidumbre de amor,
y que nunca
sientan vergüenza o vano orgullo por mi nombre.

Santiago, diciembre de 1980.

EN LA SERIE

**¿QUIEN ES QUIEN EN LAS LETRAS
CHILENAS?**

La Agrupación Amigos del Libro ha publicado los títulos correspondientes a los siguientes autores:

Roque Esteban Scarpa
Miguel Arteche
Gabriela Lezaeta
Manuel Francisco Mesa Seco
Cecilia Casanova
Fernando González-Urizar
Julio Flores
Antonio Cárdenas Tabies
Jaime Quezada
Emma Jauch
Carlos Ruiz-Tagle
Alicia Morel
María Silva Ossa
Isabel Velasco
Juan Antonio Massone

Pepita Turina
María Urzúa
Hugo Montes
Nicolás Mihovilovic
Ester Matte Alessandri
Enrique Neiman
René Vergara
Hernán Poblete Varas
Carlos René Correa
Fernando Debesa
Virginia Cox
Carlos Morand
Enrique Campos Menéndez
Angel C. González
Sergio Hernández
Floridor Pérez



COEDICION
ZAMORANO Y CAPERAN
LIBRERIA Y EDITORIAL
EDITORIAL NASCIMENTO